

DIEZ OBSERVACIONES SOBRE LA CIUDAD AMERICANA TEN OBSERVATIONS ABOUT THE AMERICAN CITY

Juan Luis Piñón *

RESUMEN

Juan Luis Piñón intenta esquematizar cuales son los problemas de la ciudad americana, partiendo de una visión de la misma como una realidad fragmentada, compleja y diversa.

El texto se estructura en diez puntos para mostrar las deficiencias del Planeamiento de la Ciudad, así como la falta de teorías para ésta, lo que lleva a enmascarar la realidad a través de estadísticas e intentar justificar como normal lo que no lo es, y cómo los planeamientos dualistas se olvidan de integrar esa complejidad, a favor de los intereses económicos.

Para él es importante señalar cuáles son las causas de la pobreza, ya que esto da lugar a dos tipos distintos, que se asentarán de forma diferente en el territorio. Insiste en desmentir dos creencias: que el tiempo lo curará todo, y que los títulos de propiedad solucionarían el problema de la pobreza. También explica que los Planes Estratégicos no tienen el mismo resultado en países con economías solventes, como los europeos, que en países con economías dependientes, como en América, con efectos negativos.

Palabras clave: ciudad fragmentada, complejidad, estadísticas, pobreza urbana, título de propiedad, Plan Estratégico.

ABSTRACT

Juan Luis Piñón tries to outline which are the problems of the American city, starting from a vision of a fragmented, complex and diverse reality.

The text is structured in ten points to show the deficiencies of City Planning, as well as the lack of theories for this one, which takes to mask the reality through statistics, trying to justify like normal what it is not, and how the dual planning forgets to integrate that complexity, in favor of the economic interests.

For him it is important to indicate which are the causes of poverty, because this is the reason of two different types of shortage, that will be settle in different forms in the territory. He insists on denying two beliefs: that the time will cure everything, and that the property titles would solve the poverty problem. He explains that the Strategic Plans do not have the same result in countries with reliable economies, like the European, than in countries with dependent economies, like in America, with negative effects.

Key words: fragmented city, complexity, statistics, urban poverty, property titles, Strategic Plan.

* Catedrático de Urbanismo y Ordenación del Territorio de la Universidad Politécnica de Valencia.

No hace falta ser muy suspicaz para entender que las cosas han cambiado en las últimas tres décadas; lo que no está tan claro es la intensidad y el sentido del cambio. Los hechos apuntan en direcciones distintas, incluso contradictorias. Las “revoluciones” surgen como hongos. Nada de lo que ocurre quiere permanecer al margen de epítetos tales como el de desarrollo o el de innovación: nada merece la atención del político, del economista, del sociólogo, del urbanista... si no puede incluirse en el universo de la novedad.

Planteamiento cuya ideología excluyente confunde al espectador cuando trata de desvelar los pormenores de la ciudad americana¹. Una ciudad nueva, en continuo trasiego de sus atributos, aunque envuelta con los distintivos que le presta la contemporaneidad, bien como suma de partes, fragmentos o mosaicos; bien como franquicias, logos o emblemas; una ciudad cuya laxitud se ha visto constreñida hasta la asfixia por su nueva naturaleza. Una ciudad en quiebra por el abandono de su especificidad y disuelta entre entelequias y equívocos. No obstante, pese a todos los intentos de hacerla desaparecer -a través de la violación de los mismos supuestos que un día orientaron su consagración dentro del orden establecido por el estado moderno-, continúa ofreciendo, a quien está dispuesto a reconocerla, lo mejor y lo peor de sí misma, revelándose ante cualquier proceso de enmascaramiento, desintegración o simplemente cambio de naturaleza.

Una ciudad perpetrada por el olvido y el desdén, salpicada de espejismos, sumergida en la desilusión, e incapaz de ver más allá del horizonte de unos intereses espurios y desnaturalizados, correlato de tantas y tantas historias de marginación y exclusión. Una ciudad cuyo devenir, no sólo constituye un inigualable termómetro de la salud democrática de la región, sino que es capaz de desvelar la farsa de los ritos del nuevo orden económico responsable, en última instancia, de los sinsabores que la envuelven y de la sinrazón que asiste a su producción. En este sentido, reconocer el alcance de los cambios se convierte en una tarea principal, una tarea que pasa por observar y desvelar las raíces profundas de muchos de los aspectos problemáticos en los que descansa su concepción.

1. Entre verdades, verdades a medias y mentiras.

Quizá para el que se enfrenta por primera vez a los problemas de la ciudad americana pueda aceptar sin reparos las explicaciones al uso sobre su realidad. Pero para el lector atento, el borrón y cuenta nueva, el advenimiento de una nueva era unidireccional –sin historia-, y las reducciones metonímicas con las que se pretende explicar la realidad espacial, no bastan; al contrario, sólo constituyen argucias con las que se pretende aturdir y mostrarnos como normal la anormalidad y presentarnos como regla lo que no es sino la excepción. Se trata de planteamientos que no regatean esfuerzos en convertir la ciudad en una entelequia susceptible de asumir cualquier papel en el universo de lo urbano. La falta de una teoría sobre la ciudad suficiente para encuadrar los hechos, su aislamiento del contexto que le es propio y la pérdida de carácter procesal que informa su crecimiento, la cosifican y la fragmentan, desdibujando se esencia hasta crearnos

¹ Por ciudad americana entendemos aquella que se extiende desde México hasta Chile y que puede referirse igualmente como Iberoamericana.

la ilusión de que cada una de las partes que la componen puede llegar a ser ella misma y su contraria.

Una óptica cuya capacidad de deformación no consigue sino alimentar las sombras de la duda; las mismas dudas que suele acompañar a las reiteradas confusiones entre el presente y el pasado. Dudas que traducen confusiones como las que envuelven a quienes en Colombia ponen el énfasis en los problemas urbanos generados por los desplazamientos de la guerrilla y olvidan la raíz de tantos y tantos desplazamientos derivados de las reglas del juego impuestas por la OMC –o similares- a través de los mecanismos propios del intercambio desigual.² Confusiones apoyadas en la mercantilización mediática del terrorismo que lejos de arrojar luz sobre los hechos inician una nueva espiral de incompreensión pervirtiendo el sentido de la historia; tal como se conjuga, por ejemplo, en las protestas y manifestaciones antiglobalización en las cumbres de la OMC, donde los medios de comunicación desarrollan todo su potencial monopolista en el sentido que les otorga Samir Amin, cuando los sitúa entre los cinco monopolios del capitalismo encargados de sustentar el actual sistema mundial.³ Tesis desarrollada, por lo demás, por Ignacio Ramonet⁴ cuando trata de desentrañar los pormenores de lo que el titula *La tiranía de la comunicación*, y analiza el retorno del autoritarismo a través del control de los medios de comunicación.

Ahora bien, el hecho de que el modo de operar de los media no se corresponda con ningún orden lógico, sino que emane de su propia naturaleza -es decir, parta de una intencionalidad precisa-, se halla entre las razones que permiten a Ramonet hablar de cómo la cascada de noticias fragmentadas produce en el telespectador extravío y confusión. De cómo las ideologías, los valores y las creencias se debilitan. Y de cómo “Todo parece verdadero y falso a la vez.”⁵ Lo que supone la renuncia a una fuente de conocimiento tan valiosa para el reconocimiento de la ciudad como el día a día recogido por los distintos medios de comunicación.

Desde esta óptica los modelos explicativos, por ejemplo, de los procesos de reproducción del subdesarrollo quedan como antiguallas, deslegitimados, en consecuencia, para explicar cualquier proceso de crecimiento urbano. La

² Sobre el intercambio desigual y la internacionalización del capital existe una abundante bibliografía generada en Francia a partir de los setenta que, si bien presenta algunas lagunas teóricas, puede ayudar a entender los problemas que hoy nos preocupan generados por las grandes organizaciones internacionales del tipo de la OMC, BM, FMI, etcétera. Sobre el intercambio desigual puede consultarse: AMIN, Samir.- *L'échange inégal et al loi de la valeur*, Paris: Éditions anthropos- idep, 1973. Y sobre la internacionalización del capital: PALLOIX, Christian.- *Las firmas multinacionales y el proceso de internacionalización*, Barcelona: Siglo XXI de España editores S. A., 1975. Una breve aunque certera reflexión sobre los desplazamientos en Colombia puede consultarse el texto: BELLO, Martha.- *El desplazamiento forzado en Colombia: acumulación de capital y exclusión social*. Bogotá, 2003.

³ Samir Amin escribe que el monopolio de los medios de comunicación “no sólo lleva a la uniformidad cultural, sino que abre la puerta a nuevos medios de manipulación política. La expansión del mercado moderno de los medios de comunicación constituye ya uno de los principales componentes de la erosión de las prácticas democráticas en el propio Occidente”. AMIN, Samir.- *El capitalismo en la era de la globalización*, Barcelona: Editorial Paidós, 1999, pp. 19.

⁴ RAMONET, Ignacio.- *La tiranía de la comunicación. El papel actual de la comunicación*, Barcelona: Editorial Debate SA, 2002.

⁵ *Ibidem*, pp.107.

descomposición del campo -como consecuencia de la presión ejercida por los nuevos recursos derivados de la internacionalización del capital- y su posterior despoblamiento pierden su potencial explicativo a favor de la única acción terrorista. Falsedad esgrimida por quienes dan la espalda a la realidad y pretenden matar dos pájaros de un tiro: ideologizar la violencia, por un lado, y olvidar los graves problemas generados en la gran ciudad, por el otro; dejando en suspenso las interpretaciones *ad hoc* para aquellos círculos cuyo elitismo los convierte en infranqueables a la opinión pública, previa y sabiamente adiestrada en la ignorancia y en la desinformación

En este contexto, la ciudad se nos presenta como un epifenómeno fruto del azar, casual, producto de unas circunstancias tan evidentes como deslocalizadas en el conjunto de los fenómenos sociales; perdida en el más absoluto de los vacíos, sin marco de referencia en el que reconocerse; y sin otra lógica que la de la implacable economía de mercado. Contexto en el que las líneas argumentales de otrora aparecen atomizadas e independientes, desprovistas de las ataduras que los órdenes discursivos imponen.

Se sabe que la población se desplaza del campo a la ciudad porque los salarios en ella son mayores, pero no se explica ni la influencia que ejerce las enormes bolsas de parados que acoge, ni las circunstancias que presionan y expulsan a los campesinos. Se habla en general de las oportunidades de la ciudad⁶, pero nada se dice de los costos sociales que genera. Se observa que los índices de primacía urbana descienden, pero no se comenta el por qué los problemas subsisten. Se habla de la importancia de la ciudad en los procesos de globalización, pero no se explica el por qué de su degradación.

2. Sobre el fetichismo de las cifras

Con todo, el conocimiento de los procesos urbanos van perdiendo alcance y significado a la vez. La realidad se enturbia hasta volverse opaca, impidiendo cualquier acceso a su naturaleza. Momento proclive a los ritos iniciáticos de la confusión y a los juegos mediáticos protagonizados por la realidad y la ficción (aunque se trate de una realidad cuyo principal atributo sea la invisibilidad y una ficción enjaezada con las mejores galas de lo real). Sin embargo, estos rituales del conocimiento descansan sobre un ardid: precisamente el que trata de presentar como real lo que no lo es o de modificar la realidad tomando la parte por el todo. Planteamiento que desborda la mera circunstancialidad del método y se instala en el mundo real como mera ideología. Ahora bien, si los media, como acabamos de ver, en su evolución, no han sido capaces de romper las ligaduras que los atan al capital, otro tanto sucede con disciplinas tan rigurosas como la demografía o la estadística, cuyas vinculaciones –directas o indirectas con el poder instituido-

⁶ Entre los conceptos que se suelen predicar de la ciudad para justificar su poder de atracción cabe destacar: las economías de escala, la concentración de la producción, la demanda de fuerza de trabajo, la abundancia de capital, la profusión de las tecnologías, la diversificación del consumo, la creciente terciarización, los mayores salarios, la existencia de centros de decisión empresarial, las nuevas tecnologías, una mayor oferta de educación y salud, la existencia de infraestructuras del transporte, la proliferación de equipamientos y servicios, la presencia de proveedores, y la concentración de una masa importante de consumidores.

vienen condicionando sus campos de estudio, en su imparable ascenso hacia la cuadratura del círculo o a la prefiguración de un mundo hecho a imagen y semejanza del ofrecido por la prensa y la TV. Circunstancia que nos lleva a valorar muy positivamente el hecho de que, por ejemplo, Naciones Unidas haya dado luz verde –aunque con muchas décadas de retraso- a informes tan reveladores como “*The challenge of the Slums*”, publicado en 2003, a pesar de las presiones ideológicas que ha tenido que soportar.

En este sentido, la invisibilidad a la que se refiere Daniel Innerarity⁷, en su libro *La sociedad Invisible*, proviene, no tanto del campo de lo visual –en sentido amplio-, sino de la visión que es capaz de proporcionarnos la estadística; origen de una invisibilidad de mayor alcance aunque de menor proyección que otras debido, entre otras cosas, a la naturaleza del método y al rigor del análisis. Se trata de una información inapelable nacida para demostrar, aunque los hechos a veces se revelen. La capacidad de las cifras para agotar el conocimiento le confieren un estatuto diferente, más particular y global a la vez, en sintonía con la tesis de Adorno según la cual cuanto más completo fuese el mundo de la apariencia, tanto más impenetrable sería la apariencia como ideología⁸, tesis que, si bien Adorno refiere a la televisión, la idea de completitud casa como anillo al dedo en el universo de las cifras. Si la visibilidad y transparencia de los medios producen una ceguera específica, las estadísticas con las que se quiere prefigurar la realidad de la ciudad en el Tercer Mundo constituyen la quinta esencia de esa hipervisibilidad encargada de guardar los secretos más relevantes de la ciudad. Tarea que se lleva a cabo impidiendo el discernimiento, el carácter procesal de los fenómenos, la calidad de los hechos, la pérdida de atributos, y, en última instancia, las conquistas de la historia. Lo que nos retrotrae a las advertencias de Galbraith⁹ sobre la confusión entre la oferta y la demanda, encargada de oscurecer la realidad pregonando la soberanía del consumidor y ocultando el hecho trascendente de que la composición del PIB no está determinada por el público en general, sino por los productores, falsedad que parte de una conveniente lectura de las estadísticas.

En este sentido, una vez superados los escollos ideológicos anteriores encargados de neutralizar el marco teórico de referencia de los procesos económicos, el objetivo prioritario en los países con economías menos desarrolladas será pasar por encima de los problemas que engendra la ciudad de la forma más aséptica posible; o lo que es lo mismo, dotar a la ciudad de esa naturaleza virginal en la que los aspectos problemáticos sólo están presentes como abstracción numérica y nunca como realidad empírica. Una operación tan engañosa para unos como certera para otros.

No obstante, el supuesto rigor que ampara a las cifras y su capacidad para distraer el sentido de la realidad que trata de describir, no es óbice para que podamos detectar los siguientes grupos de problemas, deudores en mayor o menor medida, de la estrategia de visibilización-ocultación que suele acompañar a ciertos

⁷ INNERARITY, Daniel .- *La Sociedad Invisible*, Madrid: Editorial Espasa Calpe S.A, 2004, pp. 51 y ss.

⁸ *Ibidem*, pp. 53.

⁹ Una breve aunque aguda denuncia de la manipulación de los conceptos y de las ideas que marcan nuestra sociedad puede consultarse en: GALBRAITH, John Kenneth .- *La economía del fraude inocente. La verdad de nuestro tiempo*, Barcelona: Editorial Crítica, SL, 2004, pp. 32-33.

estudios sobre la ciudad. Así, en primer lugar, nos encontramos con una carencia que por sí sola podría llegar a invalidar el método: la dificultad para confeccionar series estadísticas suficientes para analizar la evolución de las ciudades, dificultad que levanta más de una sospecha sobre la ecuanimidad y competencia de los organismos encargados de elaborarlas. O bien, los ciclos son demasiado largos, o bien, hallamos referencias aleatorias para periodos poco significativos. Ni la CEPAL, ni UN, ni la UNESCO, OCDE, etcétera, y menos los censos de información estadística locales, nos permiten tener conocimiento cabal sobre la urbanización, los servicios urbanos, e incluso sobre los IDH, IPU, tan en boga los últimos años. Si a esta dificultad añadimos los criterios en los que descansan muchos de estos índices podemos llegar a pensar que estamos ante un conocimiento imposible. Resulta ilustrativo constatar como para el mundo de la estadística la existencia de un punto de agua a doscientos metros de una vivienda se computa como si ese punto de agua estuviese en el interior de cada una de las viviendas a las que abastece.

En segundo lugar, y no obstante lo anterior, sí que nos topamos con relativa frecuencia con estadísticas provocativas que no por provocativas y extremas alientan otra cosa que la conmoción y la desesperanza¹⁰. Nos referimos básicamente a las informaciones sobre la concentración de rentas o gastos desmedidos como, por ejemplo, la estimación del coste de algunas bombas arrojadas recientemente por el ejército de EE.UU. (cuyo valor económico equivale a los ingresos diarios de un millón de afganos) o las cifras que se recogen en algunos documentos como el “Informe sobre el desarrollo humano de 1999”, a todas luces simbólicas, como subraya Singer¹¹, cuando comenta que “el patrimonio de las tres personas más ricas del mundo es mayor que el producto nacional bruto de todos los países menos desarrollados, con una población total de 600 millones.” Se trata de estadísticas que a pesar de su contundencia sólo nos aportan un conocimiento superficial de los hechos.

Y, en tercer lugar, nos podemos referir a las cifras agregadas que, como las anteriores, sirven principalmente para centrar situaciones generales y que difícilmente pueden alumbrar sobre problemas particulares implantando barreras insalvables entre el todo –lo global- y las partes -lo local-. Cifras cuya naturaleza pueden inducir a equívocos importantes y alejamientos notables de los problemas que subyacen en la ciudad. Es más, pueden llegar en algunos casos a mostrarnos informaciones contradictorias, tal es el caso del cruce de las estadísticas sobre el desempleo y la pobreza. No se suele entender que halla países con índices alarmantes de pobreza y que, sin embargo, el paro apenas rebasa el 8%.

En este contexto numérico, la ciudad desaparece haciendo mutis por el foro, sin concesiones, disuelta en la imperfección de las series, en las contradicciones e inexactitudes que recorren las páginas de los anuarios estadísticos, las páginas Web, y la literatura especializada. Es más, a la vista del universo estadístico que disponemos podríamos deducir lo peor: que las cifras o las estadísticas a la que nos hemos referido nunca se refieren a la ciudad en sí, sino

¹⁰ DAHRENDORF, Ralf .- *En busca de nuevo orden. Una política de la libertad para el siglo XXI*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica SA, 2005, pp. 52 y ss.

¹¹ SINGER, Peter .- *Un solo mundo. La ética de la globalización*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica SA, pp. 95.

a algo que circunstancialmente se atraviesa o tiene que ver con ella, lo que limita su potencial explicativo y alimenta su carácter fetichista. Algo que no podría ser de otro modo cuando los objetivos del nuevo ordenamiento económico nada tienen que ver con el bien ciudad, sino con las cifras que se pueden desprender de ellas: costo de las infraestructuras, número de consumidores potenciales, demanda solvente,... así como toda la retahíla de fenómenos inducidos por esta realidad, ahora sí, numérica, proclive a cualquier refundación de los hechos, aunque sea el de la propia ciudad. La misma ciudad que se oferta como mercancía a una demanda solvente, mediatizada por un marketing capaz de prescindir, paradójicamente, de sus calidades ambientales, urbanísticas y arquitectónicas. Lo que configura una realidad bicéfala en la que la realidad empírica se ve reiteradamente suplantada por una realidad virtual, basada en las propias cifras.

3. Sobre el dualismo

Ahora bien, el uso de las cifras como disfraz tiene contrapartidas. Su distanciamiento del mundo empírico sugiere observaciones en sentido contrario. Delata aspectos problemáticos fácilmente traducibles a hechos concretos, aunque en el proceso de concreción las cosas no siempre se perciben con la claridad que sería deseable.

Así, cuando en el punto anterior nos hemos referido a la concentración de rentas su traducción en el mundo real apenas se refiere a la estratificación social proyectada en el espacio; o lo que es lo mismo, cuando se clasifican los diferentes estratos que componen la sociedad, la ciudad es la última en enterarse; simplificación que no hace sino confundir la realidad y hacer desaparecer los graves problemas que acucian a las ciudades en los países en vías de desarrollo. Por el contrario, creemos que no se puede disociar la sociedad del mundo real y éste del marco urbano que le es propio; ni se deben establecer discursos paralelos como los que profundizan en las circunstancias que rodean la pobreza, o los que, por ejemplo, relativizan el problema del paro. No hay más que entrelazar las diferentes visiones que de la ciudad ofrecen las distintas disciplinas científicas para comprender las dificultades que acompañan a algunos planeamientos relativos a su sentido y materialidad, sobre todo los de corte dualista, a pesar de su fácil legibilidad, y, no tanto porque se alejen de la realidad empírica, sino porque ocultan el carácter procesal que convierte la ciudad en una instantánea, obviando otros tipos de planteamientos más ricos, capaces de integrar la complejidad del fenómeno urbano.

Decir que la ciudad es una proyección de la concentración de rentas, afirmando taxativamente la existencia de dos ciudades, una de ricos y otra de pobres, si bien contiene parte de la verdad que la informa, no deja por ello de ensombrecer sus aspectos más interesantes como lo son aquellos sobre los que se construye la práctica urbanística. En este sentido, desde nuestro punto de vista, los planteamientos duales son mucho más significativos como tendencia que como realidad, sobre todo desde hace unas décadas.

Pero, sí, además, ponemos en paralelo los conceptos de ciudad central y de ciudad periférica, entendidos como ámbitos complejos, y les asignamos un valor de referencia estrictamente conceptual -y menos geográfico descriptivo-, la

comprensión de la ciudad nos puede ofrecer espacios analíticos más sugerentes y abiertos; más acordes con la realidad empírica -tal como la podemos percibir en las distintas regiones iberoamericanas- que los modelos dualistas. No hay más que sobrevolar la ciudad como *el diablo cojuelo* y abrir los espacios de los ricos y de los pobres al conjunto de la ciudad para comprobar que las cosas se complican cuando se las observa de cerca y sin prejuicios, condiciones indispensables para visualizar su complejidad. Una complejidad que deriva precisamente de las trasgresiones del modelo dualista.



Panorámica de Pachacutec. Lima, Perú. (Fotografía: Raquel Aguilar).

Percepción que nos aconseja, en primer lugar, reorientar nuestros esfuerzos con el fin de poder tener una visión más compleja de los diferentes espacios urbanos, tanto en su dimensión barrial, como en su configuración estratificada. No hay más que echar una ojeada a una ciudad como Lima para constatar cuanto acabamos de decir. Los 1.147¹² Asentamientos Humanos o Pueblos Jóvenes censados en 1993¹³ con una población de 2.188.442 habitantes, son más que suficientes para pensar en la ciudad, no como un todo coherente, sino como un mosaico compuesto por una multiplicidad de partes. Se trata de una ciudad que, como bien señala Carlos Alberto Torres Tovar, “no se puede comprender como una suma de fragmentos físico-espaciales, sino como la construcción dinámica de tejido social a través de diferentes agentes que actúan y se superponen en ella, siendo la expresión y el reflejo de la dinámica económica, social, política e ideológica que en su interior se desenvuelve”¹⁴. Una ciudad diversa y compleja, contrapunto de su homónima, también diversa y compleja, aunque sujeta a los avatares de la formalidad. Una ciudad en la que la convivencia se transmuta en desdén, en la que la integración hace años que ha cedido su puesto a la exclusión, y en la que la linealidad de los acontecimientos ha cedido su espacio a la complejidad de las relaciones entre sus partes. Una ciudad en la que el grano de cada parte posee una lógica propia, una identidad que lo diferencia de su contiguo desdibujando las huellas que un día constituyeron su historia. Una ciudad

¹² Mike Davis nos habla de hasta 250 áreas urbanas hiperdegradadas en la Tierra y que sólo en las cinco grandes metrópolis del sur de Asia contienen cerca de 15.000 áreas urbanas hiperdegradadas diferenciadas, con una población de más de 20 millones. DAVIS, Mike .- “Planeta de ciudades-miseria”, *new eft review*, n° 26, Madrid: Ediciones Akal, SA, 2004, pp. 14.

¹³ Un excelente estudio sobre los movimientos pobladores del Perú se encuentra en: MENESES RIVAS, Max .- *La Utopía urbana*, Lima: Editorial Brandon S.R.L. , 1998.

¹⁴ TORRES TOVAR, Carlos Alberto .- “La ciudad: espacio de inclusión y exclusión”, en: ABR.- *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2000, pp. 319.

cuya comprensión, en consecuencia, depende de la capacidad que se tiene para desvelar la naturaleza de los espacios de fricción entre las distintas piezas que la componen, de la intensidad de los procesos osmóticos y dependencia de la permeabilidad de sus bordes, a sabiendas que estos límites no son azarosos ni casuales, sino producto de planteamientos estratégicos de promoción de suelo generados, bien a través de procesos de formalización y regularización, bien a través de las distintas modalidades de invasión.

En segundo lugar, tratar de detectar la evolución y el potencial de los distintos espacios que, más allá de las morfologías que los organizan, tienen que ver con la presión que ejercen las áreas colindantes, tanto en sentido positivo, como en sentido negativo. La convivencia, la naturaleza de las nuevas organizaciones sociales, las comunidades de vecinos, las políticas urbanísticas, los cambios de escala, la dinámica de la propia ciudad, etcétera, son suficientes para advertirnos, no sólo de la complejidad de la evolución de los fenómenos urbanos y metropolitanos, sino también de la naturaleza de las pautas que marcan su evolución. Planteamiento que situamos en las antípodas de ese marketing desplegado por la sociedad de norteamericana, (relativo a sus modos de vida, estructura social, formas de asentamiento, etcétera), tanto por partir de supuestos completamente diferentes, capaces de generar un sinfín de espacios cuya virtualidad poco tiene que ver con la propia ciudad, como por la forma de asumir ese planteamiento dualista producto del nuevo ordenamiento económico del planeta.

Y, en tercer lugar, centrar la atención en las estrategias del capital corporativo en relación a la propia ciudad, en la medida que sus inversiones pueden actuar como atractores -para esa masa de población flotante que olvidó hace años su procedencia y no acierta a saber adonde se dirige- y reorientar el sentido de los espacios que componen el mosaico urbano. Conviene recordar que, tanto la construcción de infraestructuras, como la implantación de equipamientos, o la dotación de servicios urbanos, constituyen los mimbres no sólo con los que se teje el futuro de la ciudad sino también el de los propios barrios, dirimiendo, en última instancia el tránsito de la informalidad a la formalidad.

De ahí que la ciudad americana se parezca cada vez más a la europea o a la estadounidense, sobre todo cuando su crecimiento está orientado por el capital corporativo. Supuesto responsable de la pérdida de linealidad del encaje del mosaico ciudad y de la emergencia de otras piezas cuya proyección -como acontecimiento- complica las cosas, desdibujando las cartografías encargadas de traducir la realidad de la ciudad. Una ciudad concebida como suma de partes pero que, a partir de un determinado momento, cambia de rumbo debido a la presión ejercida por un capital foráneo corporativo y a su cohorte de filiales, instituciones complementarias y subsidiarias, servicios, y toda la caterva de polvo cósmico-financiero que envuelve ciertos sectores urbanos. Amén de toda la galaxia de infraestructuras que surcan las metrópolis, indiferentes en general al medio que atraviesan, dando como resultado, no la dualidad urbana a la que nos tienen acostumbrados los manuales al uso, sino un tejido imbricado y complejo. Visible a través de los reflejos de las elocuentes superficies vidriadas de sus edificios, aunque invisible a la luz de los procesos de degradación social que conllevan.

4. Sobre la pobreza urbana

Llegados a este punto, y de acuerdo con lo que venimos observando, nos enfrentamos al tema central de la ciudad americana: la pobreza urbana, que si bien su peso específico en las ciudades resulta locuaz, su proyección en la ciudad material puede resultar escalofriante. Hoy día se puede decir –con la vergüenza que acarrea– que la abstracción y el abultamiento de la cifras apenas refleja de lo que se oculta tras ellas.



Las últimas construcciones en Ciénaga de la Virgen. Cartagena de Indias, Colombia.

(Fotografía: Raquel Aguilar).

En efecto, si bien la pobreza nos habla de una realidad muy dura, su corolario: la marginalidad, la exclusión, los desplazamientos, etcétera, nos hablan de otra realidad igualmente dura y dramática, debido fundamentalmente a la frontera impenetrable que la envuelve, convirtiendo una situación de hecho en un estigma irreversible. Realidades cuya complejidad y universalidad aconsejan abordar su estudio desde parámetros más empíricos, únicos capaces de arrojar luz, no sólo sobre su presente sino también sobre su futuro. Planteamiento que nos aconseja distinguir esa pobreza de carácter estructural, cuyo origen podríamos situarlo en los procesos de acumulación primitiva del capital y que está estrechamente vinculada a la destrucción sistemática del campo, de esa otra pobreza que podemos definir como coyuntural, estrechamente vinculada a un presente modelado, tanto por la coyuntura de los ciclos económicos, como por los ajustes monetarios y las políticas económicas al uso.

Cuando nos aproximamos a las grandes ciudades de los países en vías de desarrollo, si asumimos los desequilibrios que ciertas estadísticas anuncian, comprobaremos que una parte importante de las mismas, (el 50% de su extensión aproximadamente), posee caracteres distintivos que la delatan como informal. Se trata de unos espacios en los que la urbanización brilla por su ausencia y en los que apenas se cubren las necesidades primarias: cobijo de la intemperie, alimentación básica y vestido; espacios cuya provisionalidad hace que ni los programas de mejoramiento de vivienda, ni la confortabilidad que aporta la electricidad o el agua corriente modifiquen su naturaleza, y mucho menos alcanzan a compensar la precariedad de sus emplazamientos, o la habilidad con la que se construyen las chabolas. Una realidad que lleva a Mike Davis¹⁵ a denunciar cómo los pobres de las ciudades de todo el mundo se ven obligados a asentarse en terrenos peligrosos en los que es imposible edificar, esto es, sobre laderas de montañas excesivamente escarpadas u orillas y llanuras sujetas a inundaciones. Y cómo, del mismo modo, ocupan los suelos bajo las sombras mortíferas de refineras, fábricas químicas, vertederos tóxicos o las inmediaciones de las vías de tren y autopistas. Lista a la que se puede poner nombres y apellidos como es el caso de los suelos cenagosos y putrefactos sobre los que se construyen los barrios de la Ciénaga de la Virgen en Cartagena de Indias, de las amplias áreas salpicadas por volcanes de lodo, atravesadas por conducciones de gas y cobijadas bajo los cables de Alta Tensión, del barrio Nelson Mandela, también en Cartagena de Indias, de las extensas áreas desérticas como las que acogen los pueblos jóvenes de Pachacutec, en Lima, o de las escalonadas y deslizantes laderas sobre las que se construyen las favelas en Río, los ranchitos en Caracas o los cerros en Lima. En suma, no hay más que asistir al drama diario de estos barrios -tal como nos lo muestran las cadenas de TV de poca audiencia- para entender lo que queremos decir.

En este contexto, la distinción avanzada sobre la pobreza estructural o coyuntural adquiere un significado más preciso, aunque no hay que perder de vista que se trata de una distinción más metodológica que real, orientada principalmente al análisis y al diagnóstico. Salvedad que, no obstante, nos permite percibir, según se trate de uno u otro tipo de pobreza urbana, una composición espacial diferente, aún con rasgos comunes. Así, dentro del primer tipo tendríamos el conjunto de las invasiones y los asentamientos más recientes y precarios. Barrios construidos en terrenos que no reúnen las condiciones mínimas de seguridad y salubridad, o que, aún reuniéndolas, la historia los ha maltratado condenándolos al olvido. Y dentro del segundo tipo, se concitarían aquellos barrios que, aún siendo informales, las circunstancias apuntan a una mejoría más o menos substancial derivada de la propia dinámica de la ciudad, lo que les premia implementando en su proximidades alguna infraestructura básica o algún barrio emergente.

Ahora bien, planteamientos como el que acabamos de presentar adquiere toda su significación en los procesos subyacentes que articulan los estadios anteriores. En ambos casos podemos hablar de supervivencia. En unos casos centrada en la administración de la miseria y en otros en la defensa extrema de las

¹⁵ DAVIS, Mike.- "Planeta de ciudades-miseria", *new eft review*, nº 26, Madrid: Ediciones Akal, SA, 2004, pp. 16-17, os. Cid.

embestidas del capital inmobiliario. Dos actitudes convergentes aunque a distinto nivel, intercambiables. Capaces de generar su contrario sin alterar su naturaleza física. Lo que convierte en normal el hecho de que en una ciudad se esté reproduciendo la marginalidad, exclusión, parálisis y degradación de amplios espacios y, paralelamente, se estén construyendo grandes recintos espectáculo a imagen y semejanza de sus homónimos en los países con economías desarrolladas¹⁶. Corolario de esa galopante desigualdad que vacía de contenido ese *We have never had it so good* [Nunca nos ha ido tan bien como ahora] que cita Dahrendorf¹⁷ de forma retórica para después interrogarse sobre quiénes ocupan el lugar del “nos”; respuesta a la que nosotros no dudamos en asimilar a esos grupos de nuevos ricos –o no tan nuevos- procedentes de las más diversas esferas sociales que están cambiando la imagen de la ciudad. Se trata, pues, de una realidad ineluctable, origen de propuestas y de cumbres como la del Milenio, cuyo campo de verosimilitud sólo es visible a través del marco conceptual de las propias propuestas.



Letrina en Pachacutec. Lima, Perú. (Fotografía: Juan Luis Piñón).

¹⁶ Hace tan solo tres o cuatro décadas pudimos observar en nuestras ciudades un fenómeno parecido, la acuñación del término *bidonvilles* da testimonio de ello. La convivencia de la formalidad y la informalidad en nuestras ciudades fue un hecho como le hoy en las grandes ciudades del Tercer Mundo, aunque la diferencia entre unas y otras estriba en que si bien la pobreza en occidente fue erradicada en pocos años, en los hoy países en vías de desarrollo el fenómeno crece sin paliativos, agravado por el estigma de la pobreza. Cuando Juan Maestre Alfonso escribe *La pobreza en las grandes ciudades*. Barcelona: Salvat Editores SA, 1973.

¹⁷ DAHRENDORF, Ralf .- *En busca de nuevo orden. Una política de la libertad para el siglo XXI*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica SA, 2005, pp.85, op. cit.

Será, pues, en este contexto en el que se producirá ese distanciamiento acríptico del rico respecto a pobre que le lleva a enarbolar las bondades del largo plazo, sin detenerse a pensar con Keynes que de lo único que podemos estar seguro es que a largo plazo todos estaremos calvos. No hay inversión, “innovación”, incremento de productividad, nueva tecnología... internacionalización, libre comercio..., que no se vendan en el mercado global como inductor de beneficios a largo plazo. En este sentido, no es extraño que Bush llegase a afirmar en el BM que: “Los que están en contra del libre comercio no son amigos de los pobres. Los que están en contra del libre comercio intentan negarles su mejor oportunidad de escapar de la pobreza.”¹⁸ Ocultando políticas como las denunciadas por Thomas Hertel y Will Martin¹⁹, relativas a la desproporción (4 a 1) entre los aranceles que los países ricos imponen sobre los bienes importados a los países pobres en relación a los que imponen a los países ricos.

Ahora bien, el hecho de que todavía no se vea el final del túnel de la pobreza no quiere decir que algo no se esté moviendo. Aunque sea a nivel sintomático, trabajos como el de Jeffrey Sachs, el profeta desarmado del neoliberalismo, como le llama G. Búster, e incluso prólogos como el de Bono, nos hablan de una nueva sensibilidad, a pesar de tratarse de una sensibilidad estimulada desde dentro del sistema o desde la denominada globalización capitalista compasiva. A estas alturas pensar en el fin de la pobreza no deja de ser una ingenuidad. Quizá se la pueda hacer desaparecer estadísticamente, pero difícilmente se podrán invisibilizar sus consecuencias, como lo son las enormes bolsas de pobreza que afloran en las ciudades del Tercer Mundo. Quizá se podrán invisibilizar sus causas a partir del malabarismo estadístico, pero no se podrán acallar las voces de millones de desplazados que aterrizan ignorantes en las periferias de las ciudades aunque con plena conciencia de las causas de su infortunio. La profundidad del tema y el calado de sus causas nos alertan de la imperfección del método, porque la pobreza lejos de los umbrales monetarios a los que nos tienen acostumbrados quienes no hacen sino perpetuarla, está íntimamente ligada con la dignidad humana, y ésta tiene que ver con algo más que la alimentación el vestido o el simple cobijo. Esa dignidad que emana de la justicia y que por sí sola bastaría para que ningún ser humano se muriese de hambre. Aunque no nos estamos refiriendo a la justicia que imparte el poder instituido, sino a esa otra que reclama insistentemente Saramago, menos interesada y más distributiva y conmutativa: la única que los seres humanos pueden reconocer como intrínsecamente suya. Una justicia capaz de reconocer la dimensión social del individuo, las formas de integración social y económica, así como las particularidades de los pueblos, y de influir a través de los cauces participativos adecuados sobre la única fuerza real que gobierna el mundo, los países y las personas: el poder económico; precisamente el principal interesado en reducir la democracia a un conjunto de formas ritualizadas, y a nuestros Gobiernos en meros *comisarios políticos*, como acertadamente señala Saramago²⁰. Y es justamente en

¹⁸ SINGER, Peter. - *Un solo mundo. La ética de la globalización*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica SA, pp. 91, op. cit.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 110.

²⁰ Las citas a José Saramago parten del texto leído en la clausura del Foro Mundial Social reunido en Porto Alegre.

este contexto en el que la ciudad juega su papel principal: el de testigo de la injusticia y la iniquidad al hacerse eco de todo aquello que se niega a los pobres por el simple hecho de serlo, y cuyo exponente más visible es su forma de exclusión; la forma en que se les niega, por ende, la ciudadanía que todo ser humano tiene derecho por el simple hecho de nacer.

En este sentido, pautas de conducta como las recogidas en el informe del Proyecto Milenio de 2005, tiene nada o poco que ver con la solución del problema al que apuntan. Ni el marco político, ni el costo, ni las soluciones, ni los métodos son suficientes para pensar que el paso de la teoría a la acción puede resolver problema alguno. Es más, se podría llegar a pensar que la solución de los problemas derivados de la extrema pobreza en el sentido que lo recoge el Proyecto Milenio, solo estaría corrigiendo una parte del problema, la más visible, castigando a la invisibilidad los problemas de fondo, cuyas raíces son más profundas y afectan tanto a la globalidad del sistema, como al sistema de relaciones que reproducen la pobreza y cuya superación podría incluso ponerlo en crisis.

La agudeza analítica de G. Búster²¹, en este sentido, es obvia cuando dice que las ciudades se convierten en el segundo escenario lógico de la “escalera de crecimiento”, a través de la formación de “bolsas de pobreza” en los barrios miseria de las megápolis, y sobre todo cuando pone en crisis el modelo de Sachs basado en la inyección exógena de capitales, al detectar sus vicios internos y, en consecuencia, poner de manifiesto su incapacidad para desactivar las trampas de la pobreza –primer escenario lógico-, origen de sus indagaciones. En efecto, Búster desarrolla su tesis sobre la oportunidad del modelo a partir de dos momentos claves, el primero de los cuales se ocupa de la integración paulatina de las bolsas de pobreza en el mercado mundial, tarea que encomienda al Estado, a través de la inversión en infraestructuras y la creación de un clima de negocios en el que las ONGs tienen un papel subordinado, dirigido al capital humano a través de una micro-gestión especializada; y el segundo cuya misión no es otra que desarrollar el potencial de un concepto como el de apropiación (*ownership*), concepto con el que se pretende poner el énfasis en la necesidad de movilización consensuada de todos los intereses sociales que concurren en el mercado, aunque en realidad no constituye sino una fórmula eufemística para soslayar el interés corporativo y resucitar al mismo tiempo el discurso liberal como el espacio de relaciones sociales en el que individuos iguales intercambian sus mercancías. Momentos cuya articulación, más que apuntar a la solución de los problemas de las bolsas de pobreza, parecen comprometidos con el desarrollo de una nueva forma de acumulación primitiva del capital ajustada a las exigencias de la globalización.

No obstante, ante este estado de cosas, y principalmente ante las limitaciones de la globalización capitalista compasiva para romper el círculo vicioso de la pobreza, sólo cabe bucear en las oscuras aguas del subdesarrollo con el objetivo de definir un nuevo sistema de relaciones capaz de regular el tránsito de la coyuntura a la estructura, o lo que es lo mismo, comprometer el escaso patrimonio que ofrece la pobreza con un desarrollo que, si bien no puede escapar a

²¹ BÚSTER, G. - “Naciones Unidas. El proyecto milenio o la globalización capitalista compasiva”. <http://www.aporrea.org/dameletra.php?docid=16649>.

la presión ejercida por la globalización, debe sortear los escollos más evidentes de la misma; tarea que exige, entre otras cosas, la clarificación de dos confusiones básicas: la primera, que alude a las bondades del tiempo -o del largo plazo-, es decir, a su capacidad de curarlo todo; y, la segunda, que, con más procacidad que otra cosa, toma la causa por el efecto y nos dice que es la falta de títulos de propiedad la causa de todos los males.

5. Sobre el tiempo

Si por tiempo entendemos la historia, y el hecho de la curación supone enfermedad, la confianza en la capacidad del tiempo para curarlo todo, en un contexto como el nuestro -en el que la enfermedad persiste- sólo traduce que la historia todavía tiene que dar su última palabra. Razonamiento por el que tal apreciación deja de ser un aserto popular para inmiscuirse en el resbaladizo terreno de histórica.

Que la ciudad americana no goza de buena salud es algo que está fuera de toda duda. Hasta Naciones Unidas lo reconoce. En lo que puede no haber acuerdo es en la naturaleza de la enfermedad y en la terapia más oportuna. De hecho, la superposición de circunstancias que concurren en los procesos de degradación barrial impide diagnosticar, razonablemente, lo que no debe ser un obstáculo para poder sacar conclusiones sobre algunas de sus causas. En este sentido, podemos distinguir dos grupos de opinión relativos a la superación de la informalidad: por un lado, aquellos que a partir de experiencias propias, aunque con una ceguera importante -cuando se les interpela sobre el futuro de las invasiones-, acostumbran a referirse al “milagro” que se opera en las mismas con el paso de los años -en alusión directa a las mejoras observables en las viviendas de algunos barrios marginales. Y, por otro lado, aquellos observadores cuya preocupación por entender los procesos desencadenantes de la informalidad prefieren observar de cerca sus causas para de ese modo poder predecir su futuro, tal como apunta Mike Davis²² cuando dice que, en América Latina, los Planes de Ajuste Estructural desestabilizaron las economías rurales, al mismo tiempo que atacaban salvajemente el empleo y la vivienda en las urbes, aportando cifras elocuentes para valorar su alcance: Pinochet arrasó los barrios de chabolas... y el número de habitantes de una misma vivienda alquilada se duplicó e incluso se triplicó. En Lima, donde el valor del salario se redujo un 83 %, durante la recesión impuesta por el FMI, el porcentaje de hogares que vivían por debajo del umbral de pobreza aumentó de un 17%, en 1985, a un 44% en 1990. Pero el problema no radica en entender el sentido del proceso, sino en constatar que en la década siguiente, la de los noventa, que debería haber corregido los errores de la década anterior de acuerdo con el credo neoliberal, “la pobreza urbana siguió acumulándose implacablemente” y la brecha entre países ricos y pobres creció en las décadas anteriores, y las desigualdades de las rentas también aumentaron, hasta alcanzar el coeficiente 0,67 el coeficiente de Gini, sin que aparecieran síntomas de mejora en

²² DAVIS, Mike .- “Planeta de ciudades-miseria”, *new eft review*, nº 26, Madrid: Ediciones Akal, S. A., 2004, pp. 21-22, op. cit.

el siglo recién estrenado. Singer²³, por su lado, y en el mismo sentido, se remite al *Informe sobre el desarrollo humano* de 1999, y recoge que en 1820 la quinta parte de la población mundial, que vivía en los países más ricos, recibía el triple de renta que la quinta parte de la población que vivía en los países más pobres. A principios del siglo veinte, la relación anterior se había incrementado hasta llegar a ser de 11. En 1960 era de 30 a 1, en 1990 de 60 a 1, y en 1997, de 74 a 1. Cuando historiadores como Gabriel Tortella²⁴ afirman que “Los pobres son la fuerza explosiva del mundo actual”, en realidad sólo está ratificando esa desigualdad creciente entre pobres y ricos.

Siendo así, la noción de tiempo que asiste a estos espacios que nos preocupan es más que engañosa, porque parte de una atomización de la realidad fruto de la disolución de la ciudad en alojamientos y de la descomposición de la sociedad en casos particulares. Ocurre algo parecido a lo preconizado por Adam Smith²⁵, en su *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, cuando analiza las preferencias de los individuos en el momento de “emplear su capital en sostener la industria doméstica” y destaca que a pesar de no proponerse “promover el interés público,... es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones”; o lo que es lo mismo: “al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios”. Pero la tozudez de la historia, siempre dispuesta a demostrar la verdad de los hechos, se venga mostrándonos el lado oscuro de esas mejoras. No hay más que atender a la patología de la edificación resultante de la carencia de alcantarillado en las urbanizaciones en ladera para comprobar que lejos de mejorar los barrios pueden llegar a empeorar con el tiempo, e incluso sucumbir ante los problemas derivados del lavado de las precarias cimentaciones como consecuencia de los arrastres de las aguas vertidas a la intemperie. El caso del barrio del Agustino en Lima es ejemplar, donde el peligro inminente de derribo de innumerables casas viene causando preocupación y desánimo entre sus habitantes. Algo parecido podríamos decir de los programas de rehabilitación de favelas, en Río, donde la preocupación por mejorar su imagen ha descuidado aspectos constructivos graves como, por ejemplo, el recalce de las cimentaciones de las casas, invisibilizando el problema y condenándolas a la precariedad más absoluta.

Pero las cosas no son así, a pesar de los esfuerzos recientes por dar contenido teórico y validez universal a ciertos sentidos de la historia. Probablemente, sin los esfuerzos para justificar muchas prácticas del capitalismo - incluso las más compasivas como las contenidas en el informe del proyecto Milenio presentado por Sachs a Naciones Unidas-, hoy continuaríamos razonando bajo la amenaza de la duda a partir de sentencias conciliadoras como la que nos ocupa. Sin embargo, campañas publicitarias como la orquestada en torno a ideólogos como Francis Fukuyama, en tanto que vocero y propagador de la tesis del fin de la historia, redundan y refuerzan las sospechas. Ya que si antes podía

²³ SINGER, Peter .- *Un solo mundo. La ética de la globalización*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S.A., pp. 95-96, op. cit.

²⁴ TORTELLA, Gabriel .- entrevista realizada por José Andrés Rojo, en: *El País*, 5 febrero de 2006.

²⁵ SMITH, Adam .- *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México: Fondo de Cultura Económica, 1958, pp. 402.

haber alguna duda en relación al tiempo presente, el talante del texto de Fukuyama la disipa. Su traducción y puesta al día de las formulaciones de Hegel quedan en sus manos como meros ejercicios de cinismo. Las apreciaciones de otrora en relación a las mejoras de la ciudad informal se desvanecen ante las afirmaciones categóricas del pensamiento único –antes referido como neoclásico y hoy como neoliberal-. La pretensión de legitimar teóricamente el orden precario del subdesarrollo se vuelve en contra y pone al descubierto, una vez más, algo que ya sabíamos. Desde esta perspectiva, el margen de confianza concedido al capitalismo pierde sentido y se diluye entre expresiones de poder del tipo de “que lo existente es necesario y que, por existente y necesario, es lo mejor”²⁶. Si el viejo liberalismo confiaba en el progreso, la razón y la historia, hoy, el nuevo liberalismo conservador es dogmático, no necesita confrontar ni luchar porque es el despliegue del poder triunfante.



Barrio: El Agustino, Lima, Perú. (Fotografía: Juan Luis Piñón).

Frente a esta ideología de la superación de las ideologías solo cabe el poder de la confrontación de los hechos. Como escribe Fontana, citando a Hill, “tal vez los habitantes del Tercer Mundo no estén tan seguros de que la historia se haya acabado”²⁷. En efecto, resulta delirante cerrar las puertas a millones de habitantes de los pueblos jóvenes de los cerros de Lima, Bogotá o Caracas, los márgenes de los ríos de Asunción, las favelas de Rio, y tratar de convencerle de que han conquistado la cima –aunque sea de la miseria-, y que a partir de ahora ya no tienen ninguna posibilidad de evolución y de cambio por haber perdido o

²⁶ REIGADAS, Maria Cristina .- en prólogo a: ZAGARI, Ana, PÉREZ CANCIO, Susana y GONZÁLEZ, Alejandra .- *El fin de la historia: nuevo nombre del liberalismo*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 1999, pp. 8

²⁷ FONTANA, Joseph .- *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Barcelona: Editorial Crítica, 1992, pp. 8.

habérseles arrebatado la posibilidad de instalarse en el desarrollo. Si, como pensaba Hegel, los fines son relativos con respecto al estado del proceso, y aceptamos la existencia de varios mundos, aún aceptando como válida la traducción de Hegel, habría que concretar a qué mundo se refiere y a qué etapa precisa del mismo. Concreción que nos llevaría a afirmar que la ciudad americana, en cuanto expresión de un orden económico complejo, subyugado, influido e incluso menospreciado por el orden liberal al que se refiere Fukuyama, no es el mejor de los posibles; ni cabe pensar que ha llegado a su fin, sino todo lo contrario, cabe pensar que es perfectible y que su complejidad no es óbice para poder reconocer en ella diversos estadios de desarrollo, pautas de conductas contradictorias, olvidos, exclusiones y todo aquello que constituye un freno para su desarrollo.



Aguablanca. Caolí, Colombia. (Fotografía: Juan Luis Piñón)

En este contexto, relegar al tiempo la solución de los problemas de la ciudad parece una ironía. Ni el tiempo ni la historia son lineales. La historia no deja de brindarnos ejemplos de lo contrario como hemos tenido ocasión de comprobar. Se producen involuciones, retrocesos y retrasos que desembocan y amplifican desequilibrios; del mismo modo nos muestra la existencia de tiempos dispares, los mismos que nos permiten avalar de parálisis, velocidades distintas y milagros imprevistos, incluso espejismos como los que nos brinda la CEPAL cuando habla de los 13 millones de latinoamericanos que han abandonado la

pobreza y los 10 millones que han salido de la miseria²⁸, cifras con las que se pretende neutralizar la otra realidad, la que no aparece en las contabilidades de las comisiones económicas pero que recorren invisibles, por ejemplo, la ciudad informal como hemos visto. Lo que nos permite profundizar en la ciudad americana y descubrir sus pormenores, deshacer muchos de los tópicos que la arropan y situarla en unas coordenadas mucho más precisas y ecuánimes, condiciones básicas para que la historia pueda recuperar el sentido que le confieren sus ciudadanos y desvelar las circunstancias responsables de su statu quo.

6. Sobre la regularización de la propiedad

Pero si el tiempo -por sí mismo- no resuelve las contradicciones de la ciudad, argucias como las esgrimidas por Hernando de Soto,²⁹ para superar los vicios del capitalismo, difícilmente pueden ilusionar a quienes han tenido la oportunidad de conocer in situ los mimbres de la pobreza.

Ni el tiempo disuelve los conflictos, ni los Planes de Ajuste Estructural, ni la condonación de la deuda, ni el libre comercio -por mucho que lo pregone el FMI o el BM.-, y mucho menos la propiedad formal. De la misma forma que se ha tratado de instrumentalizar la ideología neoliberal para hacer desaparecer del globo las rémoras de la internacionalización de la economía del desarrollo, tampoco parecen funcionar las tesis que tratan de tender lazos entre la acumulación del capital y la regularización de los asentamientos informales; con la salvedad de que, mientras la globalización va emparentada con la resignación y esperanza, la formalización de la propiedad -sin más- puede afectar de forma muy negativa al conjunto de la sociedad informal, al postular prácticas perversas, condenadas a producir más de los mismo y a abrir nuevas heridas; es decir, a reproducir o profundizar en los procesos reproductivos de la pobreza tal como hoy los conocemos.

En efecto, la publicación de libros como *El misterio del capital*, al contrario de lo que pretende su autor, sirve para poner en evidencia lo lejos que estamos de cualquier planteamiento ecuánime tendente a resolver los problemas de la pobreza, en general, y de la ciudad informal, en particular. Su autor juega a ganar y para ello no repara en gastos. Su apuesta llega a incorporar los índices de pobreza que se acumulan en el planeta. Datos que tratará de instrumentalizar para demostrar las bondades de su fórmula -ideológica- de resucitar el viejo sistema que gira en torno a la propiedad formal. Toda la problemática del misterioso capital se resuelve en la órbita del proceso que convierte el potencial económico de una casa en capital³⁰, sobre todo cuando no es posible usar productivamente activos que no pertenecen a alguien. Sin embargo, la respuesta está al alcance de la mano, el autor de *El misterio del capital* nos lo repite a lo largo de 250 páginas:

²⁸ Son las cifras con las que José Juan Ruiz trata de rebatir el incremento de la pobreza en Latinoamérica, en el marco de un artículo pro globalización. RUIZ, José Juan .- "Hay riesgos, pero no los que se dicen", *El País, Negocios*, febrero 2006.

²⁹ DE SOTO, Hernando .- *El misterio del capital. Por qué el capitalismo triunfa en accidente y fracasa en el resto del mundo*, Lima: Editorial El Comercio SA, 2000.

³⁰ *Ibidem*, pp. 75 y ss.

La respuesta está en la forma de propiedad y en el registro. Y para que lo comprendamos nos obsequia con ejemplos como el que aclara que “El sistema de propiedad es la planta hidroeléctrica del capital. Es el lugar donde nace el capital. Cualquier activo cuyos aspectos económicos y sociales no estén fijados en un sistema de propiedad formal es sumamente difícil de mover en el mercado”³¹

A partir de semejante descubrimiento, la solución a los problemas del Tercer Mundo será una cuestión de tiempo. Sólo habrá que poner en funcionamiento el sistema registral e instituir el sistema formal de propiedad pertinente para acelerar el definitivo “fin de la historia”, el mismo que hemos comprobado que no acababa de cuadrar. De hecho Francis Fukuyama se apresurará en decir que “ De Soto está fomentando una revolución en el Tercer Mundo... *El misterio del capital* constituye una de las pocas propuestas nuevas y genuinamente prometedoras para vencer la pobreza”. En el mismo sentido se manifestarán, tanto M. Friedman como M. Thatcher, entre otros, a los que no les molesta que -aunque sea con el tono de Soto- se afirme que sin un sistema integrado de propiedad formal no es posible crear una economía de mercado moderna.³²

De Soto, continua escribiendo: De lo que carecen los pobres es de un fácil acceso a los mecanismos de propiedad que les permita aprovechar legalmente el potencial económico de sus activos para producir, afianzar o garantizar mayor valor en el mercado ampliado, lo que es cierto, como también lo es que en occidente, por ejemplo, los inmuebles formales en su mayoría son fáciles de usar como garantía para un préstamo; para obtener una inversión bajo figura de intercambio de activos por inversión³³, sin embargo, lo que no tiene sentido es que, en las deplorables condiciones que se reproduce la ciudad informal, pueda tener cabida ningún tipo de crédito hipotecario que es al que nos remite De Soto. Las razones son obvias y las conoce cualquiera que haya solicitado algún préstamo con garantía hipotecaria. Ocultar este extremo carece de la razón que parece reivindicar nuestro autor.

En el fondo, y eso se deduce del tono del libro, detrás de los hallazgos y del descubrimiento del misterio del capital sólo hallamos una maraña de verdades a medias, como esa que alude a la proporción de cemento consumido en la ciudad informal, una afirmación insidiosa que sólo traduce la abultada cifra de informales que habitan las ciudades del Tercer Mundo. Ahora bien, donde da en el clavo nuestro insigne escritor es en las ventajas políticas que pueden ofrecer los procesos de regularización, sobre todo cuando afirma que: “Impulsar a la economías subterráneas hacia la legalización es una operación de marketing político de primera magnitud”³⁴, tal como perfectamente lo entendió el hoy ex Presidente del Perú, Fujimori, cuando no tuvo el menor pudor de intercambiar regularizaciones de predios por votos. Versión corregida y aumentada de aquella otra que da cuenta Mike Davis³⁵ cuando subraya que “sin títulos de tierra o de

³¹ *Ibidem*, pp. 77.

³² *Ibidem*, pp. 190.

³³ *Ibidem*, pp. 78- 80.

³⁴ *Ibidem*, pp. 185.

³⁵ DAVIS Mike .- “Planeta de ciudades-miseria”, *new eft review*, nº 26, Madrid: Ediciones Akal, S. A., 2004, pp. 16, op. cit.

propiedad de una vivienda formales, los habitantes de estas áreas degradadas se ven metidos en relaciones de dependencia casi feudales con funcionarios locales y peces gordos del partido gubernamental. La deslealtad puede suponer el desalojo o incluso destrucción de todo un barrio.”

Su distanciamiento de la ciudad, su olvido de lo público y su fe en el sector privado, convierten sus peroratas en papel mojado; a lo sumo, en coartada para viviendistas, de ahí su escasa proyección en el mundo real fuera de algunos círculos neoliberales. Resulta sospechoso, por lo demás, que siendo tan evidentes las tesis defendidas en *El misterio del capital*, no asomen en las grandes declaraciones de la ONU o inspiren iniciativas como “*Cities Without Slums*”. Al contrario, todo parece indicar que los tipos van por otro lado como lo demuestra el hecho de contratar como consultores, por ejemplo, a estudiosos de la talla de Edésio Fernández, cuyas tesis deben incomodar, sin duda, a nuestro “revolucionario” De Soto.

7. Sobre la función social de la propiedad

En efecto, Edésio Fernández constituye el polo opuesto de Soto, ya que trata de comprender la realidad del Tercer Mundo para transformarla. Sus análisis parten del fondo de la cuestión y evolucionan por senderos menos ideológicos, o de ideología de signo contrario. La propiedad deja de ser un atributo del individuo y asume cotas más altas de complejidad, a través de conceptos como el de la función social de la propiedad. Sus pesquisas no tratan de resolver el problema del individuo aislado sino del individuo que vive y se relaciona con su entorno. De Soto, como hemos visto, insiste una y otra vez, en lo contrario, menospreciando, tanto la realidad -cuando no se ajusta a sus objetivos-, como los valores de la solidaridad, la cooperación e, incluso, la proximidad social; los mismos que no tienen cabida en el ordenamiento neoliberal o en la economía libre de mercado. Carencias por las que tendrá que pagar un alto precio y sufrir el ajuste de cuentas de la historia que, le guste o no, viene demostrando reiteradamente el carácter falaz de la secuencia encargada de desvelar “el misterio del capital”³⁶.

De hecho, muchos de los programas de regularización de la propiedad llevados a cabo en ibero América poco o nada tienen que ver con la tesis de *El misterio del capital*. A estas alturas ya nadie cree en el cuento de la lechera; quizás el libro le venga bien a algún gobernante de turno o a algún viceministro de la vivienda para tratar de justificar determinados planteamientos, pero, al final, resulta difícil creer que tras dichos programas se esconda algo más que el oportunismo político de quien no pretende ni tan siquiera abordar el problema de la pobreza urbana.

Pero, al final, lo que podría ser tan solo una política más, frustrada por su irrealidad, resulta que tiene unas consecuencias imprevisibles y de largo alcance como las que se derivan del caos que ratifica y ampara tesis como la de Soto.

³⁶ Sachs es nítido al respecto cuando escribe que muchos países en vías de desarrollo están creciendo con mucha rapidez, pero todos están estancados. Muchos que están creciendo particularmente rápido, como China y Vietnam, no han resuelto sin duda el problema de los títulos de propiedad y las escrituras. SACHS, Jeffrey .- *El fin de la pobreza. Como conseguirlo en nuestro tiempo*, Barcelona: Debate, 2005, pp. 447.

Olvidar el marco urbano, es decir, la ciudad es tanto como negar la ciudadanía, por muy propietario que se sea de un lote o de unas esteras, plásticos o cartones. En este sentido, olvidar que la ordenación de la ciudad constituye el primer escalón de la serie de peldaños que conducen de la pobreza y la exclusión a la integración social y urbana, constituye un delito de lesa irresponsabilidad. Es más, a la vista de los hechos se puede deducir una realidad bastante distinta basada en la ecuación [regularización]=[hipoteca del planeamiento], sobre todo si partimos de un planeamiento basado en la propiedad formal.

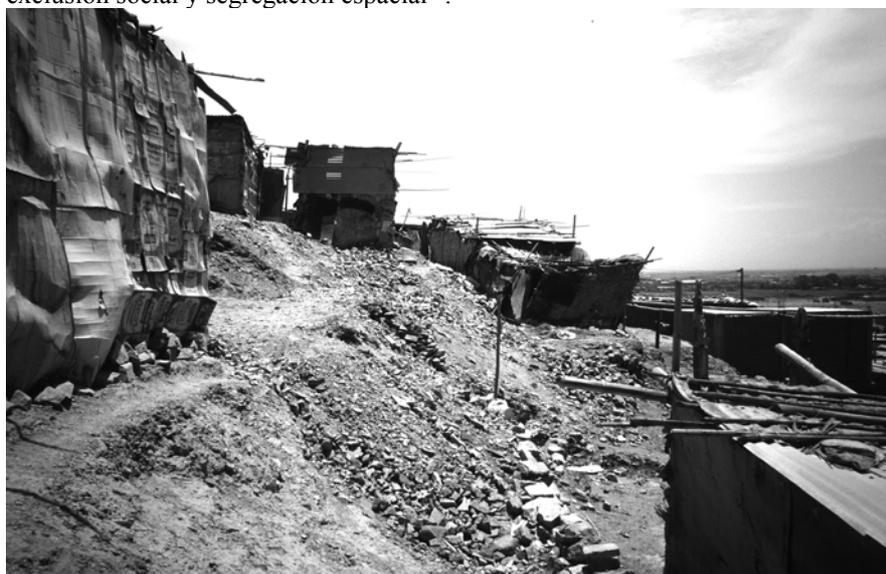
Ahora bien, lo sorprendente de la propuesta de Soto es que presenta como novedoso lo que en realidad tiene hundidas sus raíces en plena historia del siglo XIX. Se trata de vender, como presente, el más puro pasado. De hecho, Edésio Fernández³⁷, así lo entiende cuando plantea en términos de oposición: por un lado, la función social de la propiedad urbana, la única que puede pretender la redención de la ciudad; y, por el otro, el derecho individual irrestricto reivindicado por los grupos conservadores ligados al sector inmobiliario. Pero si, en realidad, los planteamientos reguladores de la propiedad -como es obvio- no resuelven ninguno de los problemas planteados, ¿porqué tanta insistencia en los mismos?. Para muchos, los más ingenuos, la medida puede resultar consoladora, y, al menos, en apariencia, lo es; pero, si echamos mano de la historia veremos que el tema, no sólo no es tan novedoso -y menos revolucionario- como pretenden vendernos algunos ideólogos, sino que desde la aparición del estado moderno se ha convertido en un tema recurrente en constituciones y políticas urbanísticas de todo el mundo, lo que nos permite concluir que más que hablar de novedad deberíamos hablar de oportunidad o de oportunismo, una forma como otra de conjugar la historia. Al final de la corrida todo apunta a una resurrección, en una primera instancia, de la ideología desplegada por Prodhom y Sax durante la segunda mitad del siglo XIX, para crear un frente de propietarios -de primera y segundas residencias- después, con el único objetivo de neutralizar las inquietudes sociales de los no propietarios una vez convertidos en tales.

Sin embargo, si el mecanismo de la regularización -sin más, a lo De Soto- no funciona, no quiere decir que la regularización no deba ser un objetivo prioritario para aquellos que apuestan por esta modalidad de posesión -frente a los que apuesta, por ejemplo, por el régimen de alquiler-. Simplemente, como apunta Fernández, se debe procurar que los programas de regularización de suelos de los asentamientos informales partan de un reconocimiento más amplio de los derechos de los ciudadanos, y no sólo el derecho a la propiedad formal. De hecho, como señala, los programas sociales de regularización de las favelas del año 83 ya avanzan el sentido que debía orientar la regularización de la propiedad del suelo, un sentido modelado por una combinación de prácticas integradoras capaces de armonizar: primero, la demarcación e identificación de las favelas como áreas residenciales con fines sociales -zonas/ áreas especiales de interés social-; segundo, la definición de ciertas normas urbanísticas específicas de uso, parcelación y ocupación del suelo -con poderes urbanísticos propios-; y, tercero, el establecimiento de mecanismos político-institucionales de gestión participativa

³⁷ FERNÁNDEZ, Edésio .- "Do Código Civil ao Estaturo da Cidades", revista *Urbana*, nº 30, Caracas, 2002. pp. 45.

de los programas de regularización. Fórmula entre cuyos objetivos se hallaría el de minimizar la dinámica del mercado inmobiliario, garantizando espacios en el territorio urbano para los distintos grupos de pobres.

En suma, como concluye Fernández, los derechos sociales del alojamiento, en particular, y de la ciudad, en general, no pueden reducirse al reconocimiento del derecho de propiedad –individual-. De hecho, al contrario de lo que se pretende demostrar, la legalización de las actividades informales -a través del reconocimiento de títulos individuales de propiedad plena-, no conlleva automáticamente a la integración socioespacial; es más, si no se formulan dentro de los fines de políticas socioeconómicas comprensivas, las consecuencias de los posprogramas de regularización fundiaria pueden tener efectos indeseados, comprometiendo el patrimonio de los ocupantes, sin ejercer el menor impacto en la reducción de la pobreza y, lo que es más importante, reforzando directamente al conjunto de las fuerzas económica y políticas que tradicionalmente causan exclusión social y segregación espacial³⁸.



Periferia de Chiclayo, Perú. (Fotografía: Juan Luis Piñón).

Quizá la proliferación de la ideología individualista sobre la que descansa el “viviendismo”³⁹ haya constituido un excelente caldo de cultivo para la proliferación de prácticas como las pregonadas por De Soto y puestas en práctica por quienes, con más buena fe que otra cosa, sin haber llevado a cabo una reflexión conjunta, se han entregado en cuerpo y alma a la práctica regularizadora. Pero es tiempo de otras cosas, de otras políticas, de otras actitudes frente a esos

³⁸ *Ibidem*, pp. 55

³⁹ Utilizamos el término “viviendismo” como contrapuesto al de “urbanismo”, no porque pensemos que se trata de prácticas diferenciadas, sino por la forma que una y otras asumen ideológicamente, en principio contrapuestas: la primera de corte individualista y la segunda de corte más social.

miles de millones de personas que viven hundidos en el fango de la miseria urbana.

8. Sobre el planeamiento

Son, sin duda, estos y otros muchos argumentos los que, de hecho, mantienen alejado a De Soto de los círculos académicos y de sus áreas de influencia, y consiguen que apenas merezcan la consideración de aquellos que realmente se preocupan de la ciencia urbanística, jurídica, social, etcétera; circunstancia que, no obstante, no constituye impedimento alguno para que sus recetas circulen por despachos de alcaldía y sedes de registradores de la propiedad preocupados más por su futuro que por el futuro de la sociedad que les rodea.

Ahora bien, si bien la regularización individualizada puede haber propiciado en algún caso concreto mejora al conjunto de los ciudadanos, es decir, puede haber servido a intereses individuales legítimos, en mucha mayor medida -y en sentido inverso- ha supuesto un freno para las conquistas que la sociedad demanda como tal: la recomposición urbanística de la ciudad. Realidad que nos invita a reflexionar en los siguientes términos: si la regularización individualizada de la propiedad en los barrios marginales no ha sido capaz de resolver los problemas de la pobreza y degradación urbana, ¿cuáles han sido las preocupaciones principales -al respecto- de las distintas administraciones de la ciudad americana? ¿Qué circunstancias han informado el Planeamiento? ¿Qué parámetros se han privilegiado y cuáles se han relegado a un segundo término? ¿En qué medida el Planeamiento ha orientado el crecimiento de la ciudad? ¿Se puede hablar de algún modelo de referencia? Preguntas que nos permiten hablar de unas constantes que sobresalen y que ayudan a perfilar ese fenómeno tan complejo y diverso que es la ciudad americana, y cuyo rasgo más sobresaliente, hoy por hoy, es el intento de acompasar los procesos de crecimiento urbano a las pautas experimentadas en otras regiones del planeta. Circunstancias, todas ellas, que nos abren un abanico de posibilidades de estudio en cuyos extremos hallamos el Planeamiento Urbanístico de corte clásico, por un lado, y el Planeamiento Estratégico, por el otro.

El Planeamiento Urbanístico americano, con sus más y sus menos, podemos decir que incorpora lo mejor y lo peor de la doctrina dominante; es decir, reúne las determinaciones de cualquier Planeamiento. La ciudad se vislumbra como un artefacto susceptible de ser modelado por unas reglas de juego establecidas *ad hoc* en el documento de Planeamiento. Las clasificaciones y calificaciones de suelo, sistemas generales, planes viales, delimitaciones de áreas de intervención, programación, etcétera, se conjugan en el complejo mundo de la ciudad. Nada nuevo, nada que no sepamos o no podamos esperar; sin embargo, las dudas y las sospechas aparecen cuando contrastamos los documentos al uso con la realidad. Entonces todo parece a moverse. Nada casa. Todo se descuadra. La ciudad dibujada nada tiene que ver con la ciudad real, al menos ese 50% aproximado que constituye la ciudad informal. La homogeneidad visual de los tejidos y de las tramas urbanas, que se articulan en el territorio, sólo es aparente. Incluso la visión de la ciudad que nos ofrecen los ortoplanos tampoco traducen la realidad. Hay que descender de nivel hasta casi tocar las casas para percatarnos

que estamos ante una medio diferente. Incluso la regularidad de los trazados y de las extensas mallas que cubren los amplios territorios de las periferias, la rectitud de los ejes viarios, la repetición de los tipos de manzanas, la identidad de los tipos de alojamientos, la textura, el grano y las huellas de los parcelarios sobre los que se construye la ciudad, a determinada escala parecen hablarnos de otra ciudad; de esas ciudades anónimas e indiferenciadas capaces de acoger a millones de habitantes, displicentes por pura resignación, invisibles en su extensión, aunque disidentes y discretas en su pertinaz lucha contra el destino, ciudades en las que sólo su materialidad es capaz de develarnos sus misterios. Otro tanto ocurre con los ejes viarios y las infraestructuras, en general.

Ciudades efervescentes en su quietud, en las que el movimiento se confunde con el tedio que producen los sinsabores de la pobreza. Ciudades que se saben adormecidas, ausentes y casi sin pulso, pero vivas, abiertas, sociales; siempre dispuestas a improvisar su propia historia o a recrear sus ilusiones perdidas. Ciudades proyectadas en la diversidad de sus gentes, de sus gestos, de sus talentos, de sus posibilidades. Ciudades confusas y confundidas. Vigilantes y somnolientas. Prontas ante el vértigo que suele producir el saberse sin pasado –por inexistente- y sin futuro –por exceso de presente-. Ciudades sometidas por la visibilidad del poder, subyugadas por la miseria que las asfixia, pero ciudades que se resisten a morir. Son ellas mismas y otras, al mismo tiempo, paradójicas, y capaces de ser sin llegar a ser, en las que unas partes pertenecen a otras y otras a ninguna parte.

Ciudades entre la formalidad y la informalidad, en las que el 50% presenta un enorme parecido con nuestras ciudades y el resto nada. Ciudades en las que, no obstante, se reconocen las huellas de las cuadrículas de fundación, los ensanches modulares con referencias explícitas a las cuadrículas de base y unos polígonos residenciales⁴⁰ de altísima calidad, proyectados con los mismos mimbres que sus equivalentes europeos construidos a partir de los años veinte. Ciudades pautadas por los mismos proyectos emblemáticos, por los mismos arquitectos, por las mismas estrellas que alumbran el planeta. Pretextos incapaces, sin embargo, para ocultar sus vergüenzas, aunque suficientes para magnificarlas. Así comprobamos como una de las características sobresalientes de las ciudades americanas es el triste desenlace de sus propuestas urbanísticas; las marcas de la discontinuidad y la repetición de los fracasos, hasta el punto de poder contar con tantos modelos de ciudad como procesos fallidos, lo que, no obstante, nos permite hablar de ciudades abiertas –al mundo, a las modas y a las doctrinas imperantes-, modeladas por los vaivenes de la historia y la inestabilidad política, subyugadas por la estrechez de sus márgenes para desarrollar propuestas urbanísticas, frustradas una y otra vez por la coyuntura, reduciendo su historia a los manifiestos implícitos en su arquitectura y los rastros de sus trazados. Y es por ello por lo que cada día que pasa resulta más difícil reconocer la ciudad, discernir sus procesos constructivos y admitir cualquier juicio cabal sobre su naturaleza.

⁴⁰ No hay más que echar una ojeada a las unidades vecinales limeñas de los cincuenta y sesenta, o a los polígonos residenciales bogotanos y bonaerenses para constatar, no sólo su calidad urbanística, sino también su potencial innovador.

Y será este marco de referencia el que nos permitirá comprobar cómo el nuevo orden económico, el intercambio desigual, la futilidad del capital financiero, las nuevas tecnologías de la información, el descontrol administrativo y la presión del capital corporativo, disipan cualquier intento de hablar de la ciudad americana en términos precisos. Una ciudad disoluta -sin apenas señas de identidad- cuyos extremos vienen fijados por los envites de una globalización galopante que apenas deja resquicios entre la franquicia y la informalidad; es decir, una ciudad franquiciada⁴¹ cuyo únicos límites vienen impuestos por la informalidad.

La ciudad formal, en la medida que reúne las variables que exige el estatuto ciudad, velará por su reproducción; o lo que es lo mismo, exigirá entrar en el circuito de ciudades solventes, en cuya recreación el Planeamiento jugará un papel principal, tarea que llevará a cabo según el siguiente plan: en primer lugar, compartiendo mesa y mantel con los planteamientos sectoriales encargados de engrasar los engranajes que permiten su evolución, jugando un papel principal la construcción de las infraestructuras indispensables para permanecer en dicho circuito. De ahí, la puesta a punto de sus aeropuertos, puertos, y demás medios de transporte; su enganche a las pistas de la redes de la información, la mejora de la accesibilidad territorial, así como el desarrollo de cuantas parafernalias se recomiendan hoy para estar presentes en cuerpo y alma en esa carrera de la que se desconoce su meta.

En segundo lugar, programando las que se han convenido en llamar áreas de centralidad, es decir, espacios vitales cuya influencia está limitada por la capacidad de proyección de sus actividades principales. A diferencia de las prácticas de proyecto desarrolladas en nuestras latitudes, en la ciudad americana, precisamente por ese carácter desagregado del territorio, el compromiso de las áreas de intervención estratégica con la ciudad central es más arbitrario, menos dependiente, traduciendo casi siempre intereses inmobiliarios, y sólo en algunos casos intereses sociales. La ciudad da un salto cualitativo restringiendo sus intervenciones a aquellos lugares seleccionados por el capital, sin la menor consideración de los espacios de la pobreza a los que nos venimos refiriendo, presentándose por primera vez ante el gran público sin las máscaras que a menudo le proporciona el Planeamiento.

Y, en tercer lugar, corroborando la existencia de esa cultura de la satisfacción, a la que se refiere Galbraith⁴², cuya traducción en la ciudad despliega todo el imaginario de las CIDs⁴³, un modelo de urbanización en el que se concitan, tanto la cultura prodigada por Disney, desde hace unas décadas en Estados Unidos, cuyo referentes materiales orillan la aplaudida *Celebration*, o el escenario de *El show de Truman*, como la cultura derivada de la que se ha convenido en

⁴¹ Tomamos prestado el término -traducido- de David Mangin, quien en su libro *La ville Franchisée* constituye un excelente relato sobre el estado de la cuestión en los temas relativos a la ciudad en la era del acceso. MANGIN, David .- *La ville franchisée. Formes et structures de la ville contemporaine*. París: Éditions de la Villette, 2004.

⁴² GALBRAITH, John Kenneth .- *La cultura de la satisfacción*, Barcelona: Ediciones Ariel, S.A., 1992.

⁴³ Sobre las *common-interest developments*, CID, puede consultarse el capítulo el acceso como modo de vida de Jeremy Rifkin, incluido en su libro: *La era del acceso. La revolución de la nueva economía*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica SA, 2000, pp. 160 ss

llamar *La ciudad de Cuarzo*, en el sentido que la escruta Davis⁴⁴. Aunque en la ciudad americana las medidas de seguridad, si cabe, son mayores que en el resto del mundo: los controles policiales y de las fuerzas especiales, las alambradas electrificadas, los circuitos cerrados de televisión y demás artefactos vienen configurando un tipo de guetos que redundan en la idea de fragmentación reseñada.

En este contexto, el Planeamiento poco puede hacer para reconducir la ciudad mas que intentar controlar su crecimiento siguiendo las pautas fijadas por la economía, algo que hará siguiendo los modelos establecidos en los países desarrollados y proponiendo a tal fin un planeamiento que gusta llamar flexible – aunque otros denominan acomodaticio, leguleyo, complaciente con el capital, etcétera-, pero que, en todos los casos, ejercerá una influencia desigual tanto en la ciudad formal como en la informal. Ahora bien, mientras en la ciudad formal -reducto al que fluye la inversión-, el Planeamiento puede ejercer una influencia relativa, en la ciudad informal el Planeamiento carece de sentido más allá de su instrumentación para regularizar situaciones de hecho. Incluso, en aquellos casos en los que se hace discurrir alguna infraestructura potente por sus aledaños, los hechos nos descubren la escasa o nula influencia sobre los barrios que atraviesa o circunda.

Desde hace unos años, posiblemente bajo la influencia de ciertas metrópolis, asistimos a los ritos mediáticos de un Planeamiento clásico en el que nada falta. Sin embargo, las ciudades parecen moverse siguiendo otras instrucciones. La aceleración de los cambios exigidos por el nuevo orden económico y la necesidad del capital de competir por determinadas cotas de mercado, hacen que los cambios se distancien del rigor de los planes, sin que medie escala intermedia alguna, cediendo la mano a la improvisación, a las inversiones ocasionales, a las políticas sectoriales y a la construcción selectiva de infraestructuras, origen, en última instancia, de ese carácter confuso que suele caracterizar a la ciudad formal.

Será, pues, la subversión de los planteamientos metodológicos -y no otras causas- la responsable de la nueva apariencia de las ciudades: más comprometida con la proyección de la arquitectura espectáculo que con la solvencia de la ciudad dibujada. No hay más que analizar la repercusión que sobre la ciudad tiene el tránsito de la lógica deductiva a la lógica inductiva -es decir, del Planeamiento en sentido clásico al Proyecto Urbano-, para comprobar que no se trata de un posicionamiento baladí, ni casual, ni azaroso, sino de satisfacer unos intereses concretos que ven en la ciudad un terreno abonado para la inversión, una mercancía que se quiere libre de cualquier contaminación normativa, de acuerdo con el mejor perfil del Proyecto Urbano. Noción que permite la lucubración e inaugura una nueva etapa en la construcción de la ciudad; una etapa ajustada a los nuevos tiempos y exponente de la filosofía neoliberal, atenta al corto plazo y displicente con el largo plazo. Una filosofía que no tiene el menor reparo en abandonar la ciudad en manos de una clase de nuevos ricos que, a la sombra de la

⁴⁴ DAVIS, Mike.- *Ciudad de cuarzo. Arqueología del futuro de Los Angeles*, Toledo: Ediciones Lengua de trapo SL, 2003, pp. 126

promoción, especulación de suelos y edificaciones, están dirimiendo el futuro de la ciudad americana.

9. Sobre el Planeamiento Estratégico

Los Planes Estratégicos, por su lado, en tanto que constituyen el marco de referencia natural del Proyecto Urbano, vienen a sancionar la crisis del Planeamiento a través de las particularidades de sus predicados, y en especial a los referidos a su proyección material y premisas metodológicas, es decir, a aquellos procesos que se elevan de lo particular a lo general, o de las acciones concertadas a las políticas sectoriales.

Si bien el Planeamiento venía arrastrando, desde hacía décadas, los sinsabores del pensamiento único neoliberal, la repentina propagación de los Planes Estratégicos, hace ya dos décadas, ha supuesto la puntilla a una práctica que -a pesar de necesitar una reformulación profunda-, era contradictoria con el “desarrollo” en sentido neoclásico. La sinergia de estos planes con la desregulación que informa las recientes leyes del suelo no hablan de otra cosa. Había que crear una alternativa al Planeamiento, no sólo para legitimar las propuestas urbanísticas -de marcado cariz monopolista- que se venían sucediendo en algunos puntos concretos de la ciudad, sino, también, para engrasar los mecanismos encargados de orientar tales situaciones.

Pero, si los Planes Estratégicos tuvieron gran aceptación tanto en Norteamérica como en el viejo continente, en América se convirtieron en pocos años en la piedra de toque de las distintas administraciones que, posiblemente deslumbrados por la grandilocuencia de la adjetivación del plan, estimularon su rápida difusión. Nadie podía permitirse el lujo de carecer de tal documento, lo que provocó la aparición de las prestigiosas fábricas de elaboración de planes. Y de ese modo surgió una generación de planes en los que parecía que las diferencias se circunscribían al mero nombre de la ciudad. El término ciudad siempre formó parte del título aunque, paradójicamente, la ciudad siempre fue la gran ausente, ausencia que, por lo demás, nunca levantó sospechas. Se trataba de desviar la atención y distraer al gran público. De argumentar en nombre de unas súperrazones que nadie podía ni debía cuestionar, tales como la competitividad, la competencia entre ciudades, el incremento de la productividad, etcétera, así como tampoco se podía poner en tela de juicio el método, también impecable, porque recibía las bendiciones de la participación en sentido amplio. Pero el perfil de las respuestas que ofreció aquella generación de Planes Estratégicos se encargó de desdecir su ecuanimidad, de denunciar la mitología -síntesis de pensamiento único y participación- que incorporaba, y de evidenciar las razones subyacentes a su redacción⁴⁵.

Hoy las cosas están cambiando pero no a favor de la ciudad. Frente a la anterior generación de Planes Estratégicos se vienen desarrollando otras generaciones de Planes Sectoriales que, sin dejar de ser estratégicos, se olvidan de

⁴⁵ El Plan Estratégico de Valencia, uno de aquella generación, fue incapaz a todas luces de plantear nada nuevo -más allá de recomendar el alumbrado de alguna avenida-, se escribieron cientos de folios repletos de lugares comunes y se limitó a sancionar y legitimar proyectos otrora inconfesables, circunscribiendo la participación a unas cuantas instituciones de marcado carácter económico.

la ciudad, lo que supone tanto la vuelta de las aguas al cauce de la normalidad neoliberal, como la subversión de los valores que implica el predominio de la economía mercado frente a las exigencias socioculturales traducidas en ciudad, tal como se desprende, por ejemplo, de trabajos como *A cidade do pensamento único. Desmanchando consensos*, escrito por Otilia Arantes, Carlos Vainer y Erminia Maricato, quienes no dudan en deducir el Planeamiento Estratégico del pensamiento único. Pero, como apunta Isabel Duque en su reseña del libro: “más que una crítica al Planeamiento Estratégico en sí mismo, podría decirse que es una crítica al papel –presentado como inevitable– de instrumentos de competitividad y enriquecimiento, que se atribuye a la ciudades en la economía global... centrado en la promoción de la ciudad imagen y en la promoción de los aspectos más controvertibles de la ciudad posmoderna como son la competitividad y el marketing”⁴⁶.

Tesis que nos conduce, una vez más, a consideraciones que tratan de objetivar el valor de las acciones según las regiones de que se trate. No posee el mismo alcance un Plan Estratégico en Europa que en América, sobre todo si como hemos visto el énfasis se centra en la competitividad o en cualquier otro aspecto convergente. Así, apuestas que en determinados países con economías fuertes pueden redundar en una multiplicación de los beneficios, pueden provocar efectos demoledores en los países con economías dependientes. Se puede apostar a las carreras y competir con el dinero excedente, pero no con fondos de supervivencia; y menos cuando no se tiene ninguna garantía de éxito, dado el carácter de las reglas del juego impuestas por los países ricos. Las trampas que nos tiende la pobreza son insoslayables y su superación exige el reconocimiento de una situación de hecho que nada tiene que ver ni con la competencia ni con el capital corporativo, sino con la microempresa, el capital familiar y los presupuestos públicos tal como nos lo enseña Sachs⁴⁷. En tal caso, más que de competición cabría plantear el desarrollo en términos de cooperación, de participación, de complementariedad, de colaboración, etcétera; no ya entre ciudades, sino, también, entre territorios convergentes de un mismo país e incluso entre países.

De hecho, es notable comprobar cómo los autores de *A cidade do pensamento único Desmanchando consensos*, no dejan de criticar el modelo de ciudad derivado del Planeamiento Estratégico a través de la experiencia del plan de Rio de Janeiro –PECRJ, 1994– en donde, no sólo se cuestionó la aplicación de un modelo importado y su relación con la competitividad urbana, sino también la desproporción entre la participación de las administraciones del Estado y del sector privado y la escasa presencia de las organizaciones sociales; exactamente igual que sucedería en Bogotá (veinte asociaciones privadas frente a seis ONGs), y otras tantas ciudades americanas.

Por lo demás, dado el carácter tópico de las opciones estratégicas desplegadas por los fabricantes de planes, cabe preguntarse por el sentido de las mismas cuando se convierten en objetivos prioritarios de cualquier ciudad y sus

⁴⁶ DUQUE FRANCO, Isabel. - *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*. Universidad de Barcelona, vol. IX, nº 525, 2004.

⁴⁷ El gráfico en el que Sachs muestra el papel de la ayuda oficial al desarrollo en la desactivación de la trampa de la pobreza es elocuente y no ofrece demasiadas dudas. SACHS, Jeffrey. - *El fin de la pobreza. Como conseguirlo en nuestro tiempo*, Barcelona: Debate, 2005, pp. 349, op. cit.

Líneas Estratégicas rezan como sigue: “Ciudad metropolitana de alcance ...”, “Metrópolis de alta calidad de vida y respeto al medio ambiente”; “Capital económica y tecnológica de ...” “Capital turística y de ocio ...” y “Ciudad educadora y formadora”⁴⁸. Epígrafes cuya repetición legitiman las líneas estratégicas de Planes Estratégicos como el de Bogotá 2000, entre cuyos enunciados podemos destacar: la competitividad y atractividad, las oportunidades para las personas, la habitabilidad y estructuración de la ciudad, la seguridad y convivencia, y la legitimidad y gobernabilidad. Epígrafes cuya vaguedad difícilmente podía traducirse en estrategias y actuaciones concretas, sobre todo en temas relativos a la ciudad⁴⁹. El elevado grado de convergencia y el cariz de los epígrafes entre los que discurren los Planes Estratégicos los convierte en algo imposible, sobre todo cuando se refieren a ideas como la capitalidad; pero eso no es lo más importante, lo que realmente sorprende es la forma unánime de aparcar el gran problema que supone la ciudad informal para la ciudad formal. En este sentido cabe preguntarse, entre otras cosas, ¿cómo una ciudad puede aspirar a tener una alta calidad de vida si el 50% de su población vive en barrios marginales? ¿Cómo puede pretender la capitalidad turística una ciudad en la que la pobreza emerge en cualquier esquina? ¿Cómo puede anhelar una ciudad al estatuto de educadora y formadora cuando en ella reina el analfabetismo y la ignorancia? Ante la imposibilidad de dar respuestas razonables, los Planes Estratégicos optan por el silencio; tratan de pasar de puntillas por encima de estos problemas haciendo alusión, en el mejor de los casos, a la conveniencia de apoyar las políticas de vivienda, en la mejor línea vivendista, o postergando para mejor ocasión todo lo relativo al ente ciudad⁵⁰.

Ahora bien, si las repercusiones de dichos planes coadyuvaban prácticas involutivas en las ciudades ricas, cuántos más efectos negativos han podido ejercer en las ciudades de los países en vías de desarrollo con preocupantes bolsas de pobreza. Sin pretender otra cosa que invitar a la reflexión sobre estos hechos, podemos señalar que, desde nuestra perspectiva, el nudo gordiano que se plantea en el Planeamiento Estratégico no es otro que el de la armonización de tres variables principales: la primera, se refiere al tiempo, que como ya hemos visto nada cambia. La segunda, a la competencia entre ciudades. Los Planes pretenden que las ciudades ganen la carrera del “futuro”, aunque se trate de un futuro centrado en unas coordenadas económicas cuyo terreno de juego es la globalización y cuyas reglas vienen fijadas por la economía de mercado y el libre

⁴⁸ Las siguientes líneas estratégicas han sido tomas del Plan Estratégico de una ciudad cualquiera de España.

⁴⁹ En cualquier caso, para obtener una valoración precisa del papel jugado por los planes estratégicos más relevantes impulsadas por el Centro Iberoamericano de Desarrollo Estratégico Urbano a partir del año 1994, sería interesante investigar su influencia en las veintiuna ciudades iberoamericanas –Bogotá incluida- y ver en qué medida han repercutido sobre la ciudad, en general, y sobre el desarrollo de sus barrios, en particular.

⁵⁰ Aunque algún indicador expresamente configurado pueda dar resultados positivos, es difícil encontrar barrio alguno en el que la mejora haya emanado de la estrategia de un plan. La mayoría de los barrios re-visitados nos hablan más bien de una parálisis efectiva de su habitabilidad pese a la ejecución de planes de mejoramientos epidérmicos, los únicos que la administración y los presupuestos municipales son capaces de llevar a término; lo que no quiere decir que no podamos referirnos a acciones concretas de mejoramiento barrial como las llevadas a cabo por algunas ONGs preocupadas por estos temas.

comercio. Una carrera que lleva en su interior el germen de su propia destrucción, tal como señala Dahrendorf⁵¹ cuando dice que: “En los procesos socioeconómicos que suelen describirse con el término globalización, hay ganadores y perdedores”, y quien compite lo hace al margen de los circuitos de la economía formal. Y, la tercera, se refiere al olvido sistemático de la ciudad como tal en el enunciado de los puntos fuertes y débiles; es decir, la negación del estatuto que la ciudad tiene como aglutinante social, como espacio de representación, como soporte material de actividades, como artefacto, etcétera; lo que presupone vaciar de contenido su historia, sus señas de identidad, sus inquietudes y sus particularidades, entre otras cosas.

10. Sobre la universidad

No cabe la menor duda de que en los últimos años se han multiplicado las conquistas relativas a la armonización de las distintas componentes de la ciudad americana, pero no lo es menos que muchas iniciativas no están recibiendo el apoyo institucional que ameritan. A lo que cabría añadir las repercusiones que sobre la ciudad tienen las actitudes displicentes de la sociedad formal, cuyas inquietudes se circunscriben a sus propios límites, prestando escasa atención a los espacios marginales a los que con frecuencia dan la espalda.

Ahora bien, del carácter problemático que encierra la compleja relación que existe entre la formalidad y la informalidad alcanza su mayor intensidad, no sólo en el olvido de las instituciones -como alcaldías, gobiernos regionales, ministerios, etcétera- que deberían comprometerse y enfrentarse abiertamente a los problemas que genera la informalidad, sino, también, en la actitud esquiva de la Universidad que, salvo rarísimas excepciones, esconde la cabeza bajo del ala como respuesta. Lo que traduce un grave problema, porque si bien la capacidad de intervenir de las instituciones políticas se está viendo disminuida por el adelgazamiento de los aparatos del Estado, la Universidad, como reducto científico, tampoco está dispuesta a llenar los vacíos dejados por los mismos.

Si bien la Universidad, vista desde dentro, y por los de dentro, todavía puede mostrar síntomas de cierta solvencia, vista desde fuera ofrece un panorama poco alentador, yermo, con menos luces que sombras, como se pone de manifiesto en textos como el recientemente publicado por Vicente Verdú quien no tiene reparos en arremeter contra la Universidad poniendo énfasis, entre otras cosas, en su distanciamiento de la realidad. Distanciamiento fomentado por expresiones tales como que “Entrar en la universidad es salir del mundo”.⁵²

Sin embargo, este distanciamiento acrítico, desde nuestra perspectiva, ofrece una doble lectura, porque si bien la Universidad es un mundo fuera del mundo, ese estar fuera posee una doble dimensión. Por un lado, una dimensión económica -tal como se explicita en el borrador de la contestada constitución europea-, según la cual la Universidad está llamada a ser una extensión del mundo de la empresa; mensaje recogido por algunas universidades que tratan de levantar

⁵¹ DAHRENDORF, Ralf .- *En busca de nuevo orden. Una política de la libertad para el siglo XXI*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica SA, 2005, pp.89, op. cit.

⁵² VERDÚ, Vicente .- *Yo y tú, objetos de lujo*, Barcelona: Ediciones Debate, 2005, pp. 42 y ss.

cabeza y situarse en el mundo real a través de su imbricación en los departamentos de dicho mundo. Una actitud cuyo realismo desborda cualquier planteamiento que vaya más allá de los límites de la formalidad, engrosando y tratando de poner al día los restos del naufragio con la que la globalización obsequia a los países dependientes o en vías de desarrollo. Pero, por otro lado, a pesar de no recogerse en ninguna carta magna, más allá de algún preámbulo de algún estatuto, la Universidad posee, desde nuestro punto de vista, una dimensión social cuyo proyecto queda desdibujado por esa “matriz ilustrada” sobre la que se recrean gran parte de licenciaturas inaplicables ofertadas por la Universidad. Un territorio a conquistar, no sólo a través de cátedras de mundología a lo Morin, -en la que cabrían temas, como el de los mass media, la ética, la tecnología de las comunicaciones, el sentido de la vida y de la muerte, etcétera,- sino a través del compromiso con el presente, el mismo presente que viene condenando a la invisibilidad a una parte importante de la población y de las ciudades.

Resulta doloroso observar cómo, desde las posiciones de privilegio que ofrecen las cátedras, todavía hay quien, en tiempos de globalización evidente, se atrincheran en posturas tan “académicas” como reaccionarias, menospreciando, denostando, invisibilizando e incluso reprimiendo cualquier práctica contraria al statu quo universitario. Pero, que en nuestras coordenadas la Universidad -o una parte significativa de ella- menosprecie problemas tan importantes como los que se plantean en la ciudad americana o en cualquier otra ciudad perteneciente a cualquier región subdesarrollada, no es tan triste como comprobar la forma en que la propia universidad americana cierra los ojos ante uno de los problemas más importantes de los que adolece su sociedad: la marginalidad urbana, con la recua de problemas que arrastra. Y es por eso que no se acaba de entender cómo la respuesta a planteamientos tan innovadores como la incorporación en la docencia de la especificidad de la ciudad informal -en el caso americano- no sea otra que la del rechazo.

Sin embargo, es frecuente comprobar cómo en la universidad americana, en general, y en las escuelas de arquitectura, en particular, continúa alentándose impudicamente la enseñanza de prácticas ignominiosas importadas del desarrollo, sin calibrar su alcance ideológico o atendiendo tan sólo a su carácter espectacular, amén de las expectativas económicas de una práctica profesional en pleno proceso de descomposición ante las nuevas exigencias del capital de promoción. Causa, entre otras cosas, de que en las escuelas de arquitectura de cualquier país iberoamericano se proyecten, en cualquier clase de proyectos, exorbitantes aeropuertos, grandes superficies comerciales, barrios residenciales de lujo, museos costosísimos y todo aquello que se prodiga en las revistas de arquitectura, cada vez más comprometidas con los formatos de la prensa del corazón, o la red Internet, tan proclive a la exaltación acrítica de esa recua de arquitectos superestar que la inundan a través de sus páginas web.

Resulta desconsolado observar los planes de estudios de las universidades americanas y comprobar cómo se proyectan en ellos ese mirar hacia otro lado, ese no querer participar de los problemas reales de la ciudad. Ese lanzarse en el vacío de las competiciones amañadas en las que sólo cabe la derrota. Esa insistencia en atravesar un Rubicón tramposo, expresamente diseñado para confundir y desorientar al oponente, primero, para vencerlo después. Y mucho más triste es

comprobar el entreguismo con el que las materias objeto de estudio constituyen, en el mejor de los casos, una réplica de sus homónimas desarrolladas en los países ricos.

Epílogo

Ante el panorama esbozado, una cosa parece clara: la renuncia de la ciudad a ser aprendida en su totalidad, como algo diferenciado y distinto a ese mosaico variopinto surcado por mil fenómenos de naturaleza dispar. Tampoco resulta una tarea fácil identificar la sucesivas concreciones territoriales que se ocultan tras los oscuros perfiles de la ideología, el fetichismo de las cifras, el sentido de los debates, la afinación de los métodos o la disponibilidad de los expertos. Ahora bien, la dificultad de formular una idea de ciudad suficiente que de cuenta de su riqueza y particularidades, que sea capaz de integrar la contradicción, de resolver las paradojas y de cuadrar los múltiples círculos que dibuja, no debe desalentarnos en su escrutinio. Al contrario, debe constituir un acicate para revolver en su interior y descubrir sus claves ocultas, neutralizar la invisibilidad y sustituir la opacidad por la transparencia para poder sentar las bases de su transformación.

Ya no es tiempo de dudar sobre la naturaleza de las causas del crecimiento de la ciudad americana, como tampoco lo es de argumentar en base a las sufridas estadísticas. La ciudad es compleja y como tal debe exigir rigor en el método y diligencia en la exégesis de las fuentes. El par complejidad-diversidad, además de ayudarnos a entender la ciudad, debe orientarnos en las pesquisas orientadas a desvelar la identidad de sus barrios, la naturaleza de sus alojamientos, su vida cotidiana, la transformabilidad de sus trazados o la simple memoria de sus pobladores.

La ciudad americana, en su tránsito hacia la ciudad global, debe modular sus inversiones de acuerdo con las pautas que le marcan su propia naturaleza. Cada día se impone la necesidad de filtrar la cultura dominante para definir los instrumentos exigidos por la intervención urbanística. Y al mismo tiempo que se impone la necesidad de precisar los términos de las políticas sociales, económicas, sectoriales, urbanísticas y de cualquier tipo que pueden cruzarse con la ciudad - desde los programas regularizadores de suelo hasta los programas de vivienda social-, debe prestarse atención a los distintos tipos de Planeamiento que entienden de la ciudad, llámese Planeamiento Clásico o Estratégico.

Por último, hay que empezar a reconocer la ciudad americana en el medio que le es propio; concederle el estatuto científico que merece, e integrarla -como problemático presente- en el quehacer universitario. La ciudad como correlato y parte integrante del desenvolvimiento económico y social debe reivindicar el lugar que le corresponde, no sólo como medio de subsistencia sino como atractor, como piedra de toque llamada a desvelar los misterios, no tanto del capital cuanto de la razón, la igualdad, la solidaridad y la justicia.